

Gregorio Clavijo

## LA VÍA LÁCTEA

Por más empeño que ponía, no lograba salir del atasco en que se hallaba mi artículo. Son las desventajas de la escritura mercenaria para revistas y suplementos dominicales: tienes que escribir un texto sobre algo que casi nunca dominas o te interesa, con una extensión acotada y con una fecha de entrega. A veces tengo la sensación de ser un redactor de albaranes o de letras de cambio. Pero lo cierto es que esa noche me encontraba asediado por el agobio. El calor infernal, propio del mes de julio, los chorros de sudor que trazaban anárquicas veredas por mi cuello y mi nuca y el sonido sincopado de los aspersores que derramaban su riego nocturno en el jardín de la urbanización, bloqueaban mis dedos sobre el teclado, incapaces de hilvanar dos frases.

Sumido en esa confusión, escuché un ruido que me rescató de mi marasmo. Me sorprendí porque las niñas dormían profundamente y hacía más de dos horas que Marta se había acostado. Salí descalzo de mi estudio tratando de no hacer ruido y buscando, en vano, alivio en la frescura del suelo. Observé un tenue resplandor que provenía de la cocina y que no acertaba a identificar. Asomé a través del dintel medio cuerpo, en un gesto de absurda cautela, y vi a Marta, plantada delante del frigorífico, sujetando la puerta con la mano izquierda y con una botella de leche en la derecha.

Su visión, sacudió definitivamente mi aturdimiento. Estaba descalza, llevaba de forma desgarrada una camisola blanca de lino, abrochada por el botón inferior que se translucía con el resplandor del

frigorífico dejando entrever una sinuosa arquitectura que se proyectaba hacia el suelo a través de sus muslos rotundos. Parecía una valquiria.

Percibí su sonrisa y me acerqué muy despacio. Marta alzó la botella y bebió directamente. El ancho excesivo del gollete y su proverbial incapacidad de beber sin hacer el vacío hicieron que la leche se desbordara por las comisuras de sus labios y se precipitase a través de su garganta y su escote, trazando una sugerente vía láctea que recaló en la constelación de su ombligo. Observé en su boca el cerco blanquecino de su labio superior que acentuaba el aire adolescente de su cara mientras tendía mis dedos hacia su vientre y paladeaba el néctar derramado.

—¿A ti también te apetece tomar un poco de leche, guapo? —preguntó con una intensa carga de sensualidad después de relamerse los labios con calculada parsimonia.

Es, en ese momento, según los estudiosos tratadistas sobre el amor y la pasión, cuando se sienten mariposillas revoloteando en el estómago, aunque en mi caso lo que sentía era el revoloteo de un enjambre de coleópteros enloquecidos.

—Sííí —contesté, forzando la gravedad de mi voz.

—Pues coge un vasito y sírvete, que está muy rica. ¡Ah! Y cuando te acuestes, procura no hacer ruido. Mañana tengo que levantarme un poco antes; acompaña a mi madre al ambulatorio —respondió con evidente regocijo, besando su dedo índice y posándolo sobre mis labios.

Marta abandonó la cocina en silencio mientras yo permanecía confuso, con la botella de leche en la mano, sintiendo su sonrisa malévola. Aún proseguí un buen rato delante del frigorífico, con la puerta abierta, esperando a que el efecto gratificante del aire frío aplacase al enjambre de coleópteros.